LAS NECRÓPOLIS PROTOHISTÓRICAS DE LOS ALCORES: RELECTURA DE LA TRADICIÓN ARQUEOLÓGICA

JORGE MAIER ALLENDE

LAS NECRÓPOLIS PROTOHISTÓRICAS DE LOS ALCORES: RELECTURA DE LA TRADICIÓN ARQUEOLÓGICA

JORGE MAIER ALLENDE
Real Academia de la Historia

Introducción

Las necrópolis protohistóricas de la región de Los Alcores fueron descubiertas y excavadas a finales del siglo XIX. Durante mucho tiempo fueron un punto de referencia fundamental para la periodización e interpretación de la Protohistoria española y, aun hoy, pese al tiempo transcurrido y la peculiar calidad de su registro arqueológico, debido a las fechas en que fueron excavadas, constituyen un activo importante a tener en cuenta en la comprensión y estudio del proceso cultural de las sociedades a las que afectan.

La primera tumba protohistórica excavada en Carmona fue la que cubría el túmulo A del Campo de las Canteras. Los trabajos de excavación de este túmulo fueron dirigidos por Jorge Bonsor y Juan Fernández López, en 1889[1]. Aun así, hubieron de transcurrir varios años para que se excavaran nuevos túmulos o *motillas* o *toruños*, vocablos con los que eran designadas popularmente estas estructuras funerarias en la región. En efecto, un vecino de Carmona, Juan Peláez Barrón, excavó en 1891 varias de estas *motillas* en la propiedad llamada El Acebuchal, a 4 km. al sureste de Carmona. Peláez, que no pasará a la historia de la arqueología por dichas investigaciones, recogió varios objetos de bronce y marfil que pasaron a engrosar su colección de antigüedades[2]. No obstante, los descubrimientos de Peláez fueron objeto de gran difusión ya que se interesaron por ellos varios alumnos de Manuel Sales y Ferré y Salvador Calderón y Arana: Carlos Cañal, Francisco Candau y Anatäel Cabrera, sobre todo los dos primeros que presentaron sendas obras al concurso convocado por el *Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla* en 1893, en las que describen y recogen algunos de materiales recuperados por Peláez (Cañal, 1894; Candau, 1894). No hemos de

1. En 1884 habían excavado uno de los túmulos de la Necrópolis de Carmona, junto al vallado de la cerca llamada de Don Modesto, entre el 30 de junio y el 11 de julio, según indica Rada y Delgado (1885: 576). Aunque al parecer no hallaron nada relevante, a excepción de algunos restos de cenizas y fragmentos de madera carbonizada, pudieron comprobar que se trataba de estructuras artificiales formadas con piedras y tierra. Véase Maier, 1999a.

2. La colección formada por Pelaéz con los materiales procedentes de El Acebuchal, junto a otros de distintos puntos del municipio de Carmona, fue donada al Museo Municipal y de este pasó en 1942 al Museo Arqueológico de Sevilla, donde actualmente se conserva. Véase F. Collantes de Terán, *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 1942.

insistir en los trabajos de Peláez y en las publicaciones a que dieron lugar, pues nos hemos referido extensamente en trabajos anteriores a los que remitimos (Maier, 1999a:108-110). No obstante, los trabajos de Peláez produjeron una gran indignación en Jorge Bonsor, pues se proponía excavar dichas estructuras funerarias junto a Jules Richard, miembro la *Sociedad de Anticuarios del Oeste de Francia*. Pero este importante contratiempo que, dicho sea de paso, nos ha privado de conocer una de las necrópolis más interesantes de la región, no supuso un obstáculo para Jorge Bonsor, ya que emprendió a partir de 1894 la excavación de otras necrópolis protohistóricas de Los Alcores, una iniciativa que está íntimamente relacionada con la investigación que por ese tiempo estaban llevando a cabo los arqueólogos franceses Arthur Engel y Pierre Paris sobre la Cultura Ibérica, y cuyos resultados, como es bien conocido, fueron dados a conocer en 1899 (Bonsor, 1997; Maier, 1999a: 112-128). Jorge Bonsor prosiguió en años sucesivos, entre 1900 y 1911, las excavaciones de las necrópolis, aunque los datos registrados en las distintas campañas quedaron, salvo casos puntuales, inéditos. Así, entre 1894 y 1911 Bonsor excavó parcialmente las necrópolis de Bencarrón, Camino de Gandul, Huerta de Bencarrón, Santa Lucía, Raso de Chirolí, El Judío, Alcaudete, Acebuchal, Santa Marina, Huerta Nueva, Campo de las Canteras, Alcantarilla, Cruz del Negro, Cañada de las Cabras, Ranilla, Cañada de Ruiz Sánchez, La Harinera y Mazagoso (fig. 1).

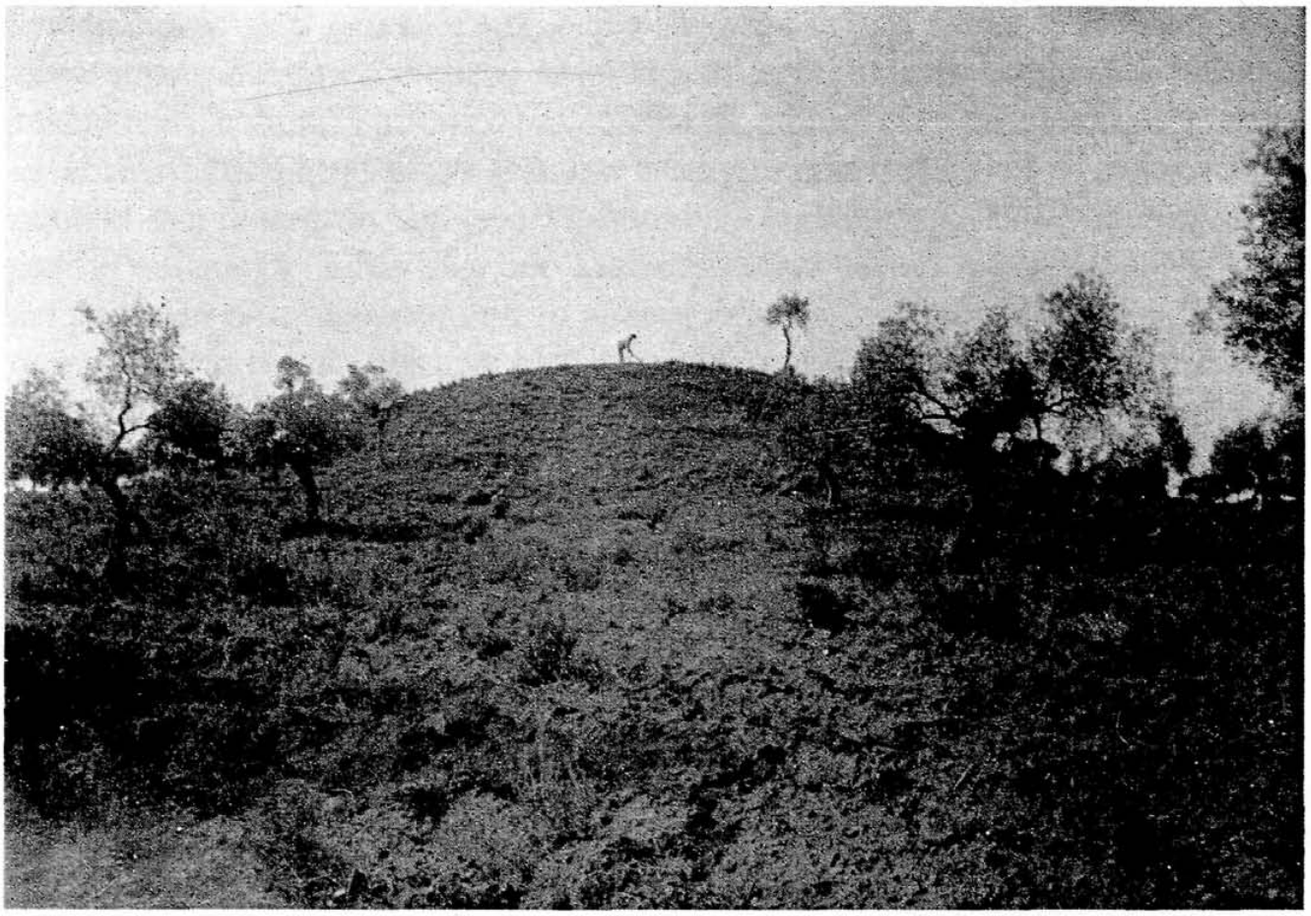


Fig.- 1. Uno de los túmulos de Los Alcores sin identificar (foto colección Bonsor, Archivo General de Andalucía).

En su primera clasificación de las necrópolis Bonsor distinguió cuatro periodos. En líneas generales, atribuyó la incineración a los fenicios y a los libiofenicios, es decir, a una innovación extranjera, mientras que las tumbas de inhumación las consideró turdetanas (indígenas iniciados en la civilización oriental). No obstante, esta hipótesis preliminar recibió, en años posteriores, una orientación distinta sobre todo al aceptar las teorías celtistas de Joseph Dechelette (1908), por lo que Bonsor acabó por considerar que la incineración fue introducida en Andalucía por los celtas, por lo que las denominó celto-fenicias y las situó en la Primera Edad del Hierro, como se puede comprobar en sus cuadernos de notas y su correspondencia. Pero para Bonsor no cabía duda de que se trataba de necrópolis tartésicas, ya que para él la cultura tartésica-turdetana fue el resultado de la "influencia" de fenicios primero y de celtas y cartagineses después a partir del siglo VI a. C. Bonsor fue por tanto el primer investigador que consideró tartésicas las necrópolis de Los Alcores (Bonsor, 1922), pensamiento que ratificó, entre otros lugares, en la memoria sobre la necrópolis de Setefilla (Bonsor y Thouvenot, 1928).

La hipótesis de atribuir el origen de la incineración a las invasiones de los campos de urnas fue la que predominó tras la guerra civil y, que con otra formulación y matizaciones aún se mantiene entre algunos investigadores hoy en día. No obstante, Bonsor ya acertó a distinguir que junto a los túmulos coexistían tumbas simples en hoyo e inhumaciones, además de la existencia de otras necrópolis que se caracterizan por la disposición de las tumbas en una extensa área que atribuyó a los cartagineses. Este es el caso de la Cruz del Negro (Carmona) y la necrópolis del Camino de Gandul (Mairena del Alcor), las dos únicas por el momento de esta tipología en Los Alcores.

Pese a que el material publicado no fue muy abundante, si tenemos en cuenta que los datos obtenidos en sus campañas entre 1900 y 1911 permanecieron inéditos, algunos de los materiales de las necrópolis de Los Alcores, sobre todo los de la Cruz del Negro y especialmente los marfiles, fueron uno de los pilares fundamentales de los estudios de Antonio García y Bellido sobre la colonización fenicia (1942) y, posteriormente, para Antonio Blanco (1960) y José María Blázquez (1968) en la definición del Periodo Orientalizante. A pesar de ello la consideración como celta de algunos de los materiales –en especial los metálicos- estuvo aun presente en la caracterización de estas necrópolis. Se aceptó la baja cronología que Bonsor había propuesto para la Cruz del Negro, que se convirtió en el principal referente de las necrópolis de Los Alcores. Así, Martín Almagro Basch (1956: 225-230) consideró que la Cruz del Negro entroncaba con la cultura de los *Urnenfelder*, concretamente con el período Halstatt D, ya que consideraba célticos muchos de los objetos hallados en la necrópolis de la Cruz del Negro, como ya había planteado Dechelette. En una línea parecida se situó Maluquer,

aunque con mayores reservas, al señalar también profundas influencias célticas. Asimismo, García y Bellido señalaba la existencia de determinados elementos célticos en las ajuares, aunque, por lo general, calificó el material de la Cruz del Negro como púnico del siglo VI a. C. También se interesó por los broches de cinturón de la necrópolis de El Acebuchal Juan Cabré (1944: 130-135), el primer investigador que estudió este frecuente elemento de las necrópolis tartésicas, aunque señaló que pertenecían "a un proceso artístico-industrial, muy probablemente de abolengo fenicio-púnico, quizá desarrollado por los celtas en el Sur de la provincia de Sevilla durante los siglos V y IV antes de Jesucristo. De no ser viable esta hipótesis, los referidos broches, a consecuencia de las decoraciones que algunos de ellos ostentan, deberán clasificarse de importación fenicio-púnica, conjuntamente con los productos de marfil de estilo oriental" (Cabré, 1944: 135).

Con el descubrimiento del tesoro del Carambolo, la definición del "Orientalizante", y las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán en la Costa del Sol se abrió un nuevo periodo en la investigación[3]. Como consecuencia de estos y otros trabajos entre finales de los sesenta y principios de los ochenta se produjo una intensa revisión de los materiales de los ajuares de las necrópolis de Los Alcores. Se estudiaron detenidamente los broches de cinturón y las fíbulas (Schüle, 1961; Cuadrado 1963, Cuadrado y Brito, 1970; Cerdeño, 1981), de nuevo los marfiles (Aubet, 1979, 1980), la cerámica a torno (Aubet, 1976-78) y los huevos de avestruz (San Nicolás, 1975). La preocupación principal de estos estudios fue la de ajustar cronologías y sobre todo subrayar su carácter tartésico y sobre todo orientalizante, o mejor dicho orientalizante tartésico. Ello dio lugar, al poder conocer mejor el material fenicio, a subir la cronología de las necrópolis y, en general, tanto de la colonización fenicia como de la cultura tartésica. Junto al estudio de estos meteriales, de los que se conocía escasamente su contexto arqueológico, debemos añadir la excavación de necrópolis fenicias y especialmente de las necrópolis de Frigiliana y de Medellín, o las de Rachgoun y Mogador que presentaban claras analogías con la de la Cruz del Negro. No obstante, en todo este periodo de tiempo no se prestó excesiva atención al estudio de la sociedad, a aspectos rituales, a la funcionalidad de los objetos empleados en los funerales, seguramente porque no se consideraba el material válido para ello por la falta de contexto arqueológico o porque era difícilmente accesible dada su dispersión.

Durante este periodo M.E. Aubet llevó a cabo la reexcavación de los túmulos A y B de Setefilla en 1973 y 1975 respectivamente, que aportaron datos

3. En general sobre la historiografía tartésica y el periodo orientalizante posterior a Bonsor véase M. Álvarez, *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga, 2005 y J. Mª Blázquez, "Evolución del concepto orientalizante en los 50 últimos años en la investigación hispana", en S. Celestino y J. Jiménez, *El periodo orientalizante* I: 129-148, Mérida, 2005.

muy importantes y esclarecedores para las necrópolis protohistóricas del bajo Guadalquivir. Estos trabajos, pero, sobre todo, el decidido impulso que se dio a la investigación arqueológica de la región desde la Universidad de Sevilla, bajo de la dirección del Prof. Manuel Pellicer, estimularon otras excavaciones en las necrópolis protohistóricas de Carmona. Mª del Carmen Arco excavó uno de los túmulos del grupo de Huerta Nueva (Arco, 1979 y 1991) y María Belén hacía lo propio con el túmulo A del Campo de las Canteras (Belén *et alii*, 1987). A ello debemos añadir otras dos importantes contribuciones: la realización de dos nuevos cortes estratigráficos en Carmona por M. Pellicer y F. Amores (1985), así como la elaboración de la carta arqueológica de Los Alcores por este último (Amores, 1982), quien ofreció por primera vez una revisión de conjunto de las necrópolis protohistóricas de Los Alcores.

A comienzos de la década de los ochenta y en el nuevo marco teórico de la llamada "Nueva Arqueología" se comenzó a enfocar el estudio de la colonización fenicia desde los procesos de aculturación e interacción cultural, que fueron asumidos por la mayor parte de los investigadores y produjeron interesantes aportaciones sobre las necrópolis de Los Alcores. Por una parte Mª. E. Aubet señaló el carácter aristocrático o principesco del túmulo de la Cañada de Ruiz Sánchez y el túmulo G del Acebuchal (Aubet, 1984) subrayando su carácter tartésico, que hacia extensivo a la necrópolis de la Cruz del Negro cuyos materiales había estudiado con anterioridad, a la vez que sugería que las de Rachgoun y Mogador correspondieran a enclaves tartésicos en el Noroeste de África (Aubet, 1986). No obstante, otros autores defendieron, en el mismo marco interpretativo de los procesos de aculturación e interacción, que la necrópolis de la Cruz del Negro debería ser clasificada como fenicia (González Wagner y Alvar 1989; 2005) al plantear que la colonización fenicia no se restringió a la fundación de enclaves costeros sino que alcanzó las tierras interiores del valle del Guadalquivir y tuvo incluso, como ya defendió Bonsor, una carácter agrícola. Se inició así un debate que se mantiene aun hoy en día abierto y que cada dia cobra mayor fuerza por los últimos hallazgos arqueológicos en la región y en Carmona (Belén *et alii*, 1993 y 2000).

En el primer lustro de la década de los ochenta se produjeron nuevos descubrimientos que alumbraron notablemente el mundo funerario del Bronce Final Tartésico, tema sobre el que ya se venia debatiendo desde finales de los años setenta. Nos referimos a la excavación del túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres correspondiente al asentamiento del Castillo de Doña Blanca en El Puerto de Santa María. Sus excavadores no dudaron en fecharlo en el inicio del siglo VIII a. C., es decir, poco antes de la llegada de los fenicios y del inicio del proceso de interacción, el cual, además, era ya perceptible en los últimos momentos del túmulo antes de ser clausurado (Ruiz Mata y Pérez, 1989). Otras evidencias anteriores conocidas y otras más recientes,

como el descubrimiento de la necrópolis protohistórica de las Mesas de Asta, indican que la introducción de la incineración y el inicio de los procesos de cambio en el ritual funerario – y con ellos los de la sociedad - se iniciaron con anterioridad a la presencia fenicia en la Península Ibérica y eran en definitiva uno más de los rasgos culturales característicos de las etapa más antigua de Tartessos (Bendala, 1992).

A partir de la segunda década de los ochenta y con la adquisición de la colección Bonsor por la Junta de Andalucía se pudo tener acceso tanto a la colección arqueológica como a la documental. El conocimiento de esta última ha sido de gran importancia, pues era prácticamente desconocida y nos ha permitido dar a conocer un gran número de datos y detalles inéditos sobre casi todas las necrópolis protohistóricas excavadas por Bonsor. Este rico fondo documental, que tuvimos oportunidad de estudiarlo con ocasión de la elaboración de nuestra tesis doctoral, se compone de diarios de campo y personales, fotografías, dibujos de materiales y estructuras arqueológicas, planos de yacimientos, además de una interesantísima correspondencia con los más sobresalientes arqueólogos europeos de su tiempo. Casi al mismo tiempo, en otoño de 1989, comenzó la reexcavación de la Cruz del Negro, que se extendió a lo largo de varios años en distintas campañas, hasta 1995, y cuyos resultados están a punto de ser publicados.

Como decimos, el estudio y análisis de la documentación recogida por Bonsor sobre las necrópolis protohistóricas de Los Alcores ha sido una de nuestras principales ocupaciones. Al formar parte del equipo técnico de las excavaciones de la Cruz del Negro fue este del primer yacimiento del que me ocupé (Maier, 1992) y sobre el que volví unos años después (Maier, 1999b). A través del análisis de la documentación pudimos diferenciar 37 unidades de enterramiento y otras estructuras funerarias, identificar ajuares y otros objetos empleados en las ceremonias fúnebres, muchos de los cuales se conservaban en la colección Bonsor en Mairena del Alcor, aunque la parte más sustancial se conserva en *The Hispanic Society of America*, en Nueva York. Tras este trabajo emprendimos el análisis de la documentación de los espacios funerarios en torno a la Mesa de Gandul, trabajo en el que se incluyeron también los datos recogidos por Bonsor en sus diarios de excavaciones sobre las necrópolis de Santa Lucía, Raso de Chiroli y El Acebuchal (Maier, 1996). Estos trabajos fueron completados en mi trabajo monográfico sobre Jorge Bonsor, en el que además de recoger los ya publicados se pudieron aportar nuevos datos sobre varias tumbas de la Cañada de las Cabras (Maier, 1999a).

La documentación del archivo de J. Bonsor también ha sido estudiada por otros investigadores en sus trabajos sobre las necrópolis de Los Alcores. Entre ellos cabe señalar el trabajo de J. C. Jiménez Barrientos (1990) sobre la Cruz del Negro, el de M. Sánchez Andreu (1994) sobre las mal llamadas necrópolis tumulares, y los de I. Ladrón de Guevara *et alii* (2000) sobre dos tumbas de la necrópolis de El Acebuchal y

M. Sánchez Andreu e I. Ladrón de Guevara (2000) sobre la necrópolis del Camino de Gandul. Todos estos datos en conjunto han sido tenidos en cuenta en las dos síntesis más recientes sobre el mundo funerario tartésico y Tartessos de M. Torres (1999 y 2002).

Finalmente, debemos señalar que desde 2003, un equipo de investigación dirigido por el Prof. M. Bendala, está realizando el catálogo de la colección arqueológica de la *Hispanic Society of America*, en la que se conservan, como es bien conocido, una buena parte, sin duda la de mayor interés, de los materiales de los ajuares de las necrópolis de Los Alcores. El material más abundante (alrededor de 300 piezas) procede de la necrópolis de la Cruz del Negro, aunque también se conservan algunas piezas significativas, entre ellos la impresionante serie de marfiles decorados, del túmulo de Alcantarilla, del de la Cañada de Ruiz Sánchez, de la necrópolis de Bencarrón, de la de El Acebuchal y de la Vereda de Cantillana o Huerta Nueva.

Consideraciones previas

Es preciso señalar algunos aspectos que consideramos importantes sobre la metodología que utilizó J. Bonsor en sus excavaciones de los túmulos, pues pueden ser significativas a la hora de interpretar y valorar las estructuras funerarias, especialmente los túmulos, como ya hemos advertido en otros lugares hace tiempo (Maier, 1996). Desde sus primeras intervenciones en los túmulos protohistóricos J. Bonsor estuvo convencido de que se trataba de tumbas individuales, bien fueran de incineración o bien de inhumación, que cubrían una fosa rectangular en el centro geométrico del túmulo aproximadamente. Este hecho fue determinante al plantear la excavación de los túmulos ya que siempre la acometió, como se puede comprobar en sus diarios de campo, practicando una cata cuadrangular, de mayor o menor tamaño según los casos, en el centro del túmulo.

La reexcavación del túmulo A de Setefilla en el que Bonsor y Thouvenot pusieron al descubierto una gran cámara de mampostería, dio como resultado, con gran sorpresa para sus excavadores, el hallazgo de lo que llamaron la necrópolis de base. Lo mismo ocurrió con el túmulo B (Aubet, 1981). La excavación del túmulo 1 de las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz), de carácter muy similar a los de Setefilla, nos llevó a preguntarnos si entre todos los túmulos excavados por Bonsor en Los Alcores no habría alguno de ellos de carácter colectivo, similares a los de Setefilla y las Cumbres, ya que resulta extraño que existieran allí y no en toda la región de Los Alcores al tratarse de contextos culturales idénticos. En efecto, tras el atento análisis de los diarios, pudimos observar que Bonsor señalaba en algunos casos que la fosa de la pira funeraria estaba vacía o que contenía pocos restos, por lo que la supuso violada o que la incineración había sido depositada en otro lugar. Ante esta circunstancia, en algunos casos abrió nuevas zanjas de sondeo para localizar la supuesta tumba.

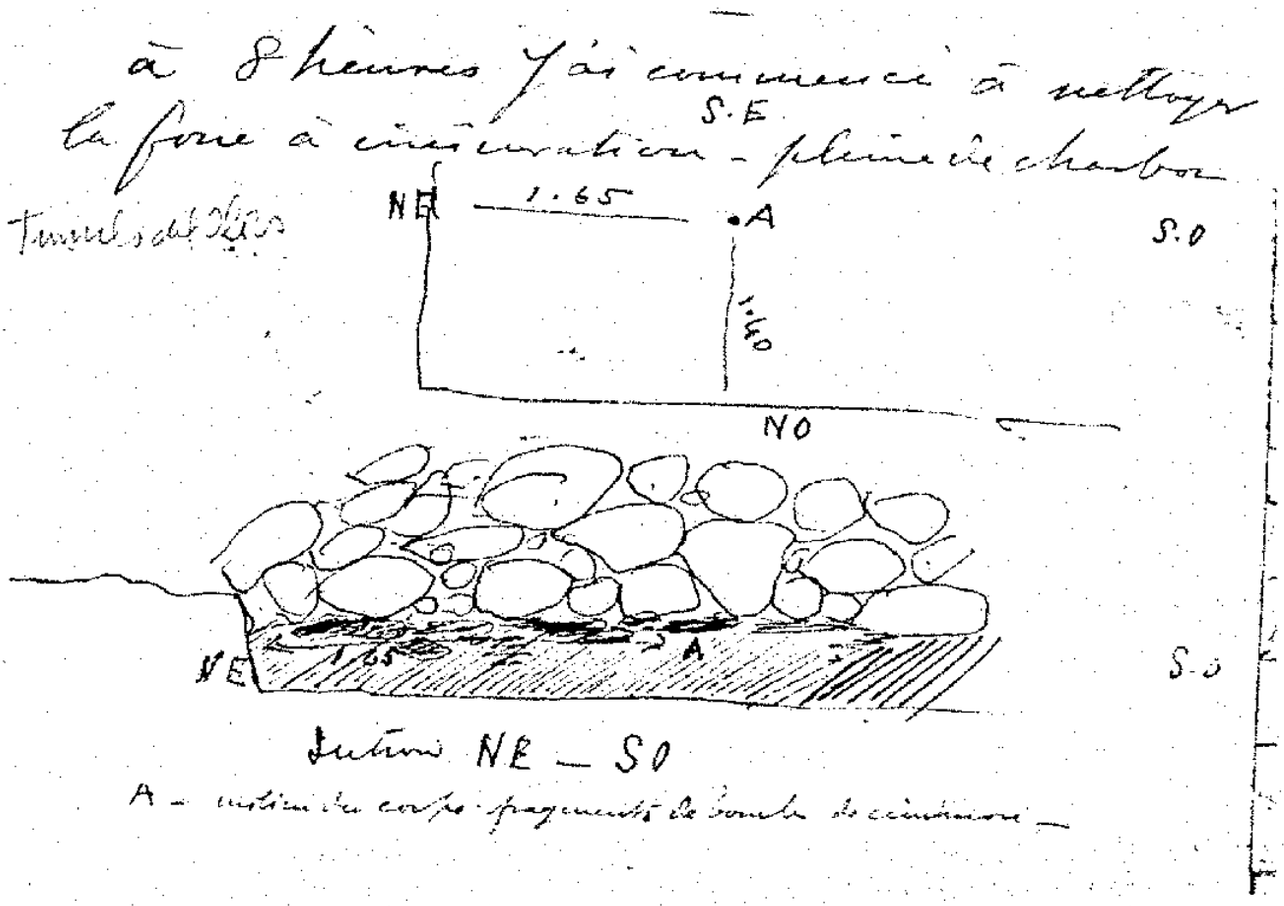


Fig. 2.- Fosa de la pira funeraria sellada por un cúmulo de piedras del túmulo del Olivo en Bencarrón Alto, según Bonsor, 1902.

Evidentemente hay casos en los que el arqueólogo anglofrancés estaba en lo cierto, ya que algunos de los túmulos cubrían exclusivamente un *bustum*, como parece ser el caso, entre otros, de los túmulos de Alcantarilla, Cañada de Ruiz Sánchez o el túmulo del marfil del guerrero en Bencarrón Alto. Esta circunstancia parece también probable en aquellas fosas que presentaban las paredes revocadas e incluso rebordes realzados perimetrales, que normalmente suelen ser de inhumación. Por el contrario, no parece ser el caso de varios túmulos de incineración. Por ejemplo, en Bencarrón Alto podría ser el caso del túmulo del Olivo, del túmulo del Vallado del Olivar y del túmulo de la Dehesa de las Canteras (Maier, 1996), en las que según sus anotaciones las piras funerarias se conservaban intactas (fig. 2). En la Cañada de las Cabras también puede suponerse esta circunstancia en el túmulo nº 4 y el nº 6 (Maier, 1999a: 178-179). Más improbable es en algunos túmulos de incineración de El Acebuchal (A, B, C y F) –sobre los que apenas se conocen datos- dado el carácter especial de esta necrópolis al pertenecer a un enclave urbanístico de carácter sacro.

A pesar de estas objeciones el registro de Bonsor en líneas generales es bastante aceptable, como hemos podido comprobar, por ejemplo, en los datos que nos ha transmitido de la necrópolis de Cruz del Negro contrastados con las recientes excavaciones (Maier, 1992).

Finalmente, a estas premisas podemos añadir que no existen necrópolis tumulares exclusivamente como se ha señalado (Sánchez Andreu, 1994 y Torres, 1999), ya que junto a los túmulos se han documentado, como veremos, tumbas individuales. Por esta razón se debería cuestionar también la denominación de "necrópolis planas o llanas", así denominadas en contraposición a las tumulares (Torres, 1999 y 2002), pues aunque si bien es cierto que en dichas necrópolis no se utiliza el túmulo como sistema de cubrición, es preferible utilizar la denominación de "urbana", como ha sugerido M. Almagro-Gorbea (1996: 64-65), pues se ajusta más a la realidad del paisaje funerario de la sociedad tartésica.

Las necrópolis protohistóricas de Los Alcores.

A continuación ofrecemos de forma sintética una visión actual de los antiguos datos. No pretendemos, sin embargo, presentar estos datos de forma exhaustiva pues ya han sido expuestos en otros lugares a los que remitimos (Arco, 1979; Amores, 1982; Belén *et alii*, 1987; Maier 1992, 1996, 1999a y 1999b; Sánchez Andreu, 1992, 1994; Ladrón de Guevara *et alii*, 2000; Sánchez Andreu y Ladrón de Guevara, 2000 y Torres, 1999 y 2002). Por el contrario si consideramos estos datos en el conjunto actual de los conocimientos sobre la sociedad tartésica sí podemos ofrecer nuevas perspectivas. Para ello es esencial tener en cuenta en primer lugar el análisis territorial, especialmente en la relación cuantitativa habitat espacio funerario. En segundo lugar la estructuración de los espacios funerarios. Y, en tercer lugar, el proceso y la adscripción cultural.

Comenzaremos nuestra exposición siguiendo un criterio geográfico de sur a norte.

En **La Mesa de Gandul**, identificada por Bonsor como la *Lucurgentum* de Plinio, se encuentra una de las principales ciudades protohistóricas de Los Alcores, que posee uno de los paisajes funerarios mejor conservados del Bajo Guadalquivir con distintos espacios funerarios desde el Calcolítico hasta la antigüedad tardorromana. A este importante centro urbano, que según los recientes resultados de las investigaciones geológicas en la zona se encontraba muy próximo al estuario tartésico y, por tanto, al mar, corresponden 4 espacios funerarios protohistóricos diferenciados pero coetáneos, que hemos denominado, según las descripciones de Bonsor, Bencarrón Alto, Camino del Gandul, Huerta de Bencarrón y Túmulo C. Además hemos considerado un quinto que corresponde a diversas tumbas localizadas en las proximidades de algunos de los dólmenes (fig. 3).

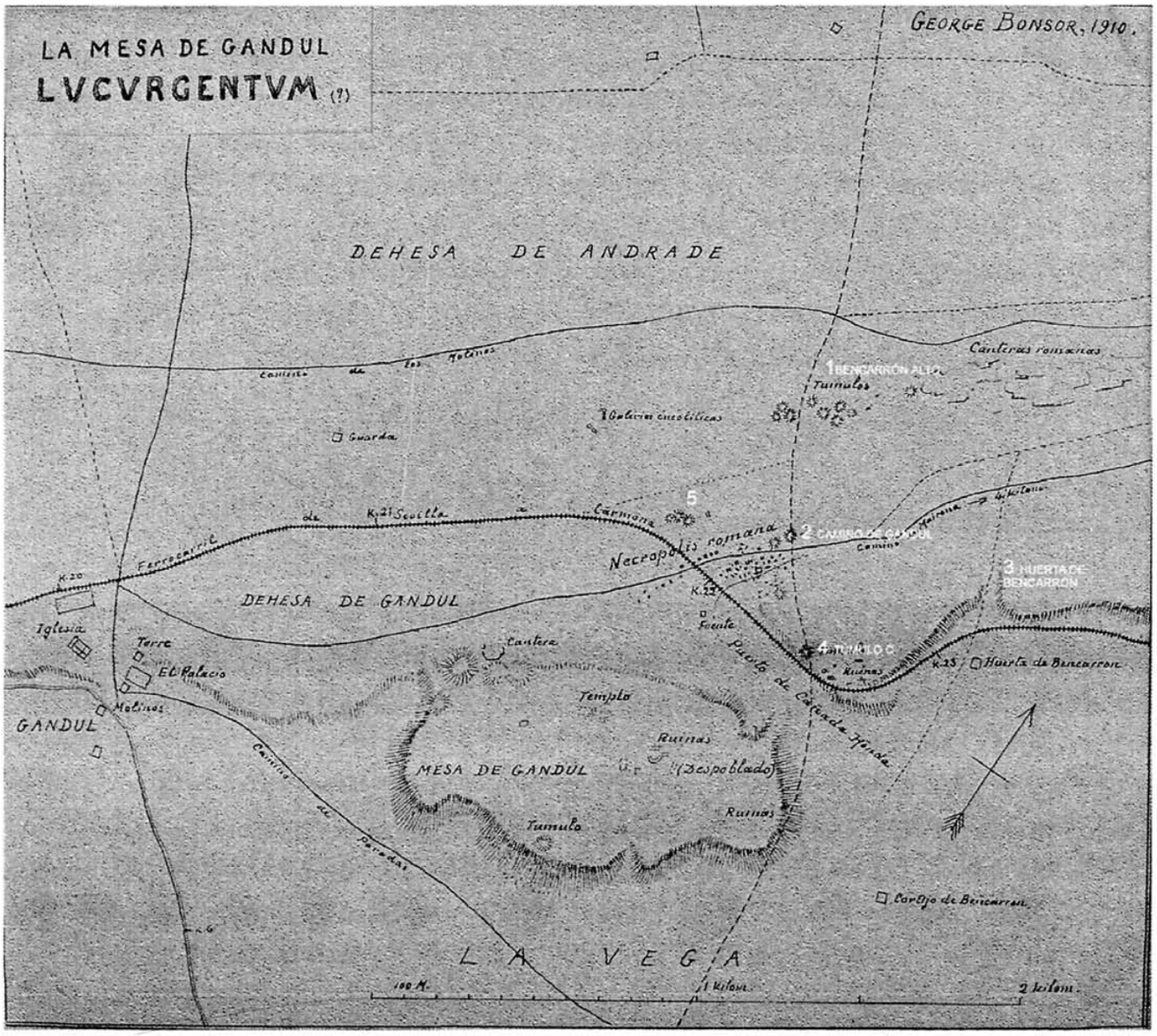


Fig. 3.- Espacios funerarios de la Mesa de Gandul, según los datos registrados por Jorge Bonsor en un plano del yacimiento levantado por él mismo.

1. *Bencarrón Alto*

El espacio funerario se ubica al norte de la mesa del Gandul al oeste de unas canteras romanas en una zona elevada respecto a aquella. La necrópolis, que Bonsor excavó en dos intervenciones en 1895 y 1902, se compone de un grupo de 6 túmulos protohistóricos con grandes fosas de pira funeraria, además de un número indeterminado de tumbas intertumulares individuales. En efecto, Bonsor (1997: 40) señaló que: *En las proximidades de los dos grandes túmulos que acabamos de describir hemos tenido la oportunidad de explorar seis pequeños montículos funerarios que cubrían sepulturas de incineración, sobre el suelo o en fosas poco profundas.* No obstante, a excepción del túmulo del marfil del guerrero en el resto de los túmulos Bonsor no encontró nada más que la fosa de la pira funeraria, que son los que suponemos colectivos, aunque no se puede descartar que efectivamente fueran violados.

El túmulo del marfil del guerrero, excavado en 1895, cubría una fosa de sección escalonada, con una losa que cubría la fosa central. En ésta se hallaron

seis placas de marfil, probablemente de una caja que contenía los restos de la cremación, y un anillo de bronce (fig. 4).

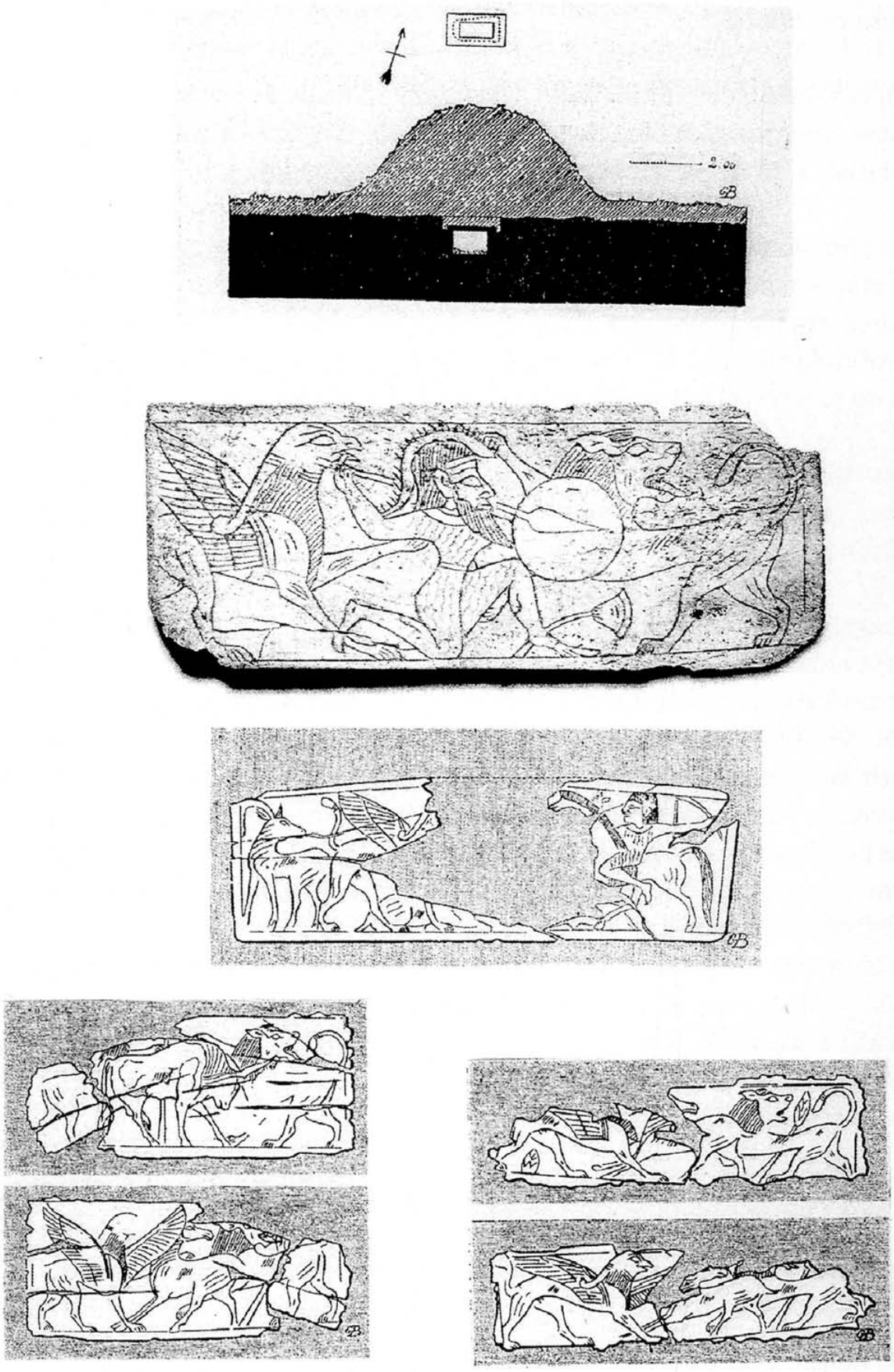


Fig. 4.- Túmulo del marfil del guerrero, Bencarrón Alto, según Bonsor.

Los demás túmulos de este grupo fueron excavados en 1902. En el Túmulo del Olivo, de 3 m. de altura, sólo halló una fosa de pira funeraria de grandes dimensiones de 3, 15 m. de longitud, 2 m. de anchura y 0,40 cm. de profundidad, pero ninguna tumba.

En el Túmulo del Vallado del Olivar, de 2,15 m. de altura, sólo se halló, como en el caso anterior, otra fosa de la pira funeraria de grandes dimensiones de 3 m. de longitud, 1,25 m. de anchura y 0,45 cm. de profundidad.

El Túmulo de la Dehesa de las Canteras era el de mayor envergadura de este grupo con 4 metros de altura. La fosa de planta rectangular simple, como las anteriores, era de dimensiones similares aunque un poco más reducida y un poco más profunda con 2,65 m. de longitud, 1,52 m. de anchura y 0, 63 de profundidad. Tampoco se halló ninguna tumba.

Por último, el Túmulo del Almendro se encontraba aislado del grupo principal, junto a las canteras romanas. Sólo se halló la fosa de la pira funeraria, sin más indicaciones.

Como hemos indicado, Bonsor detectó la existencia de tumbas individuales en las proximidades de este grupo de túmulos en la intervención de 1895 y nos indica que excavó al menos seis tumbas de este tipo. Consistían en pequeños montículos de 1 m. de altura que cubrían bien fosas de incineración poco profundas o los restos de la incineración depositada directamente sobre el suelo. Una de las mejor conservadas, ya que había sido alterada por las labores agrícolas, presentaba una fosa de pira funeraria de planta rectangular simple de 2 m. de largo, 1 m. de ancho y 30 cm. de profundidad. Señala que en el interior de la fosa halló fragmentos del cráneo y de los brazos, por lo que puede tratarse de una incineración *in situ*, o lo que es lo mismo un *bustum*. También en el interior de la fosa recogió una placa de cinturón (de la que no ofrece ningún detalle), fragmentos de una tableta de marfil y un vaso a mano de boca ancha. En el exterior de la fosa recogió una cuenta cilíndrica de marfil, los restos de un objeto de bronce irreconocible y huesos de pájaro (Bonsor, 1997: 40, fig. 48).

En 1902 excavó otra tumba de características similares en esta zona. Aunque sus descripciones son un tanto confusas, halló un vaso a mano con impresiones digitadas que contenía una incineración y un carro de terracota (Bonsor, 1924 y 1927). No obstante en su diario de excavaciones señala que: *Hay quemaderos que se encuentran a unos 0.20 de la superficie del suelo. Sobre los quemaderos que aparecen sobre esta cima rocosa elevaron, probablemente, pequeños montículos de tierra que luego desaparecieron. Las urnas que se encuentran en estos quemaderos han sido rotas por el arado* (Bonsor, 1902: 32-33).

Desde entonces no se han producido nuevas intervenciones en estas necrópolis. No obstante las intervenciones clandestinas han proporcionado el hallazgo de una magnífica bandeja o fuente elíptica sobre una piel de toro extendida decorada con escenas grabadas a buril (Fernández, 1989; Jiménez, 2002: 142-146; 395 y láms. XXIII-XXIV), así como un cuenco de bronce con decoración impresa (Jiménez, 2002: 513-516 y fig. 259) que sin duda deben de proceder de los túmulos de los aristócratas tartésicos de Gandul (fig. 5).

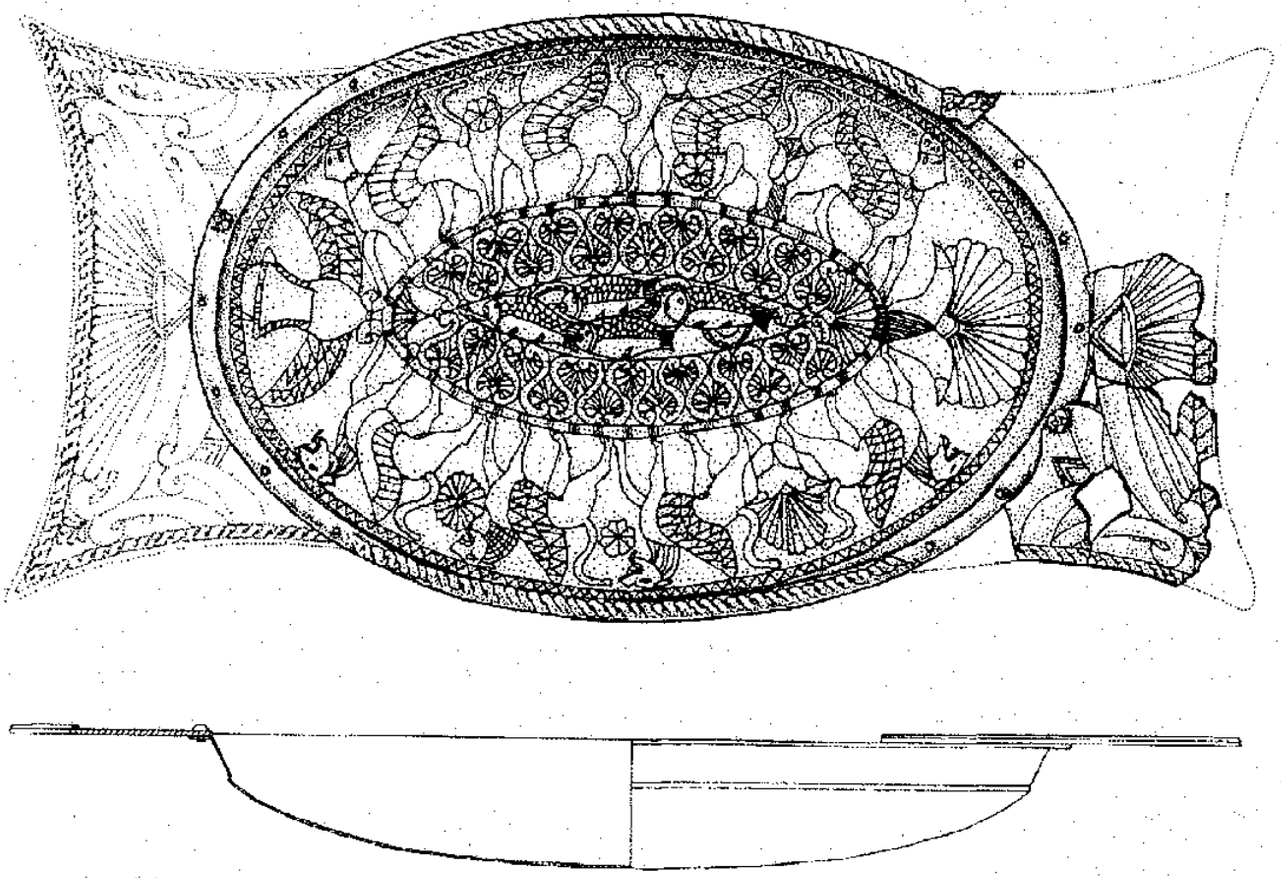


Fig. 5.- Bandeja de bronce decorada procedente de alguna de las necrópolis de la Mesa de Gandul, según Jiménez Avila (2002).

Con los datos de que disponemos es difícil precisar la cronología, tanto de los túmulos como de las tumbas individuales. Los marfiles son los únicos elementos que nos permiten fecharlas a lo largo del siglo VII a.C.

Dado el planteamiento de la excavación de Bonsor de los túmulos sólo conocemos parcialmente la estructura y carácter de estas estructuras funerarias, aunque podemos sospechar, como ya hemos avanzado, que algunos de ellos (Olivo, Vallado del Término y Dehesa de las Canteras) pudieran ser de carácter colectivo, como los de Setefilla y el de Las Cumbres, dado el tamaño de la pira funeraria y la ausencia de tumbas propiamente dichas, ya que todo parece indicar, según sus descripciones, que las fosas de las piras no habían sido alteradas (fig. 2).

Es muy probable que en el caso del túmulo del marfil del guerrero nos encontremos ante una tumba individual de un aristócrata tartésico. Tanto la estructura y cubrición de la fosa de la pira funeraria, las dimensiones de la cubierta tumular pero, sobre todo, la iconografía de los marfiles nos indican claramente el alto rango social del difunto (fig. 4).

2. *Camino de Gandul*

Espacio funerario que se extiende en un área indeterminada junto al camino de Mairena a Gandul y que presenta una disposición similar a la necrópolis de la Cruz del Negro (fig.1) con urnas globulares, vasos chardon depositados en hoyos circulares, en el interior o junto a las fosas de la pira funerarias, normalmente de sección escalonada. Según las descripciones con que se cuenta de la única intervención de Bonsor en 1902, hemos podido individualizar 13 unidades de enterramiento (Maier, 1996: 153-156 y 1999a: 185-190), que en líneas generales coinciden con la caracterización de esta necrópolis por otros investigadores, salvo en el número de estructuras funerarias (Sánchez Andreu y Ladrón de Guevara, 2000: 1895-1902). Se trata sin duda de la necrópolis urbana de la Mesa de Gandul. Muy próxima a ella se extiende la necrópolis de incineración romana altoimperial conocida como la Cañada Honda, en la que Bonsor excavó 178 tumbas (Maier, 1999a: 217-223). Según los pocos materiales conocidos la necrópolis debe fecharse desde la segunda mitad del siglo VII a.C. hasta época turdetana inclusive según la tumba de los llamados dioses de Los Alcores (Bonsor, 1924; Blanco, 1960).

3. *Huerta de Bencarrón*

Espacio funerario ubicado en el borde del alcor a la derecha del camino a la Huerta de Bencarrón situada en la Vega. Bonsor señaló la existencia en este lugar de nueve túmulos que parecían disponerse alrededor de uno de mayor envergadura. La mayor parte cubrían la fosa de la pira funeraria, una de las cuales (B) estaba sellada con lajas de piedras, pero no halló ninguna tumba. En el túmulo central H sólo halló la fosa de la pira funeraria.

4. *Túmulo del Vallado*

Túmulo aislado de gran tamaño, de 3.40 m. de altura, ubicado al borde del alcor y que cubría una fosa de pira funeraria de sección escalonada, en la que Bonsor sólo halló unos pocos huesos esparcidos (Maier, 1999a: 214). Por su tamaño y dimensiones de la fosa de la pira se trata sin duda de una tumba aristocrática.

5. *Tumbas en las inmediaciones de los dólmenes.*

Por último hay que señalar la existencia de dos tumbas en las inmediaciones de algunos de los dólmenes, aunque no creo que se puedan considerar reutilizaciones.

En la entrada del corredor del dolmen Cañada Honda B se halló una inhumación en fosa con un cuchillo de hierro y un anillo de plata (Maier, 1999a: 215-216). Es la única inhumación de la Edad del Hierro que conocemos en la Mesa de Gandul. Asimismo, a 6 metros de la entrada del dolmen de la Casilla se halló, casi a flor de tierra, un hoyo de deposición de una urna, un vaso chardon que contenía la incineración rodeado de piedras y a su lado un cuchillo de hierro sin mango y una pátera (Maier, 1999a: 217).

La Tablada es otro de los núcleos urbanos de Los Alcores, aunque, dado su tamaño, es posible que fuera dependiente bien de *Lucurgentum* o de *Carmo*. Cuenta con dos espacios funerarios asociados, la necrópolis de Santa Lucía y la del Raso del Chiroli, situadas al norte y sur respectivamente de la Tablada y ambas muy mal conocidas.

En Santa Lucía tan sólo sabemos que Bonsor contabilizó al menos 14 estructuras tumulares, algunas de ellas de gran tamaño. Excavó dos de los ejemplares de mayor tamaño. En el primero de ellos, de 2,35 m. de altura, halló en la fosa de la pira funeraria una caja de marfil, cuatro peines, tres placas caladas cosméticas, un huevo de avestruz, y dos fragmentos indeterminados, todo ellos en muy mal estado de conservación aunque de excelente calidad. En el segundo de ellos, de 5,60 m. de altura, halló una fosa de pira funeraria de grandes dimensiones con las paredes revocadas, la cual, según el arqueólogo anglo-francés, había sido violada. Por el contrario en la necrópolis del Raso de Chirolí, hoy en dia desaparecida bajo el vecindario, Bonsor señaló la existencia de 7 túmulos de reducido tamaño, aunque tan sólo dos de ellos cubrían incineraciones individuales con fosa o directamente sobre el suelo cubiertas por fragmentos de ánforas, con ajuares muy modestos (Sánchez Andreu, 1992; Maier, 1996 y 1999a). Los escasos materiales exhumados en estas dos necrópolis nos proporcionan una cronología del VII a.C. o algo anterior en el caso del túmulo de Santa Lucía, que por su ajuar hay que considerarlo una tumba aristocrática.

En **Alcaudete** se encuentra una elevación, a todas luces artificial, de 30 metros de altura y 60 de diámetro y planta elíptica. Está situado al inicio del puerto, junto a la Vega, y junto al que corre un arroyo con curso permanente de agua. Su interpretación es una incógnita. Se ha pensado que se trate de un bastión defensivo (Amores, 1982: 96-97). Nosotros nos inclinamos por identificarlo con un santuario. F. Amores (1982:98-99) señala la existencia de un asentamiento orientalizante en las proximidades, sobre el que posteriormente se estableció una villa romana, lo que indica su carácter rural. Al oeste del tell de Alcaudete, en la altura del alcor, Bonsor excavó un grupo de pequeños montículos de 1 m. de altura que cubrían incineraciones individuales depositadas directamente sobre el suelo cubiertas por ánforas fenicias. Alrededor de los emplazamientos de incineración dice haber registrado dos hoyos cuadrangulares y dos circulares que contenían láminas de sílex (Bonsor, 1997: 48).

Es oportuno señalar que la existencia de este curso de agua permanente ha dotado a este enclave de un valor singular que se ha mantenido a lo largo del tiempo. Pero lo que resulta más interesante es que aquí se levanta una ermita dedicada a Santa María del Alcor y, aunque el lugar pertenece al término municipal de Carmona, los visueños celebran aquí una romería en el mes de septiembre (Pérez de Lama *et alii*, 2001: 165-173).

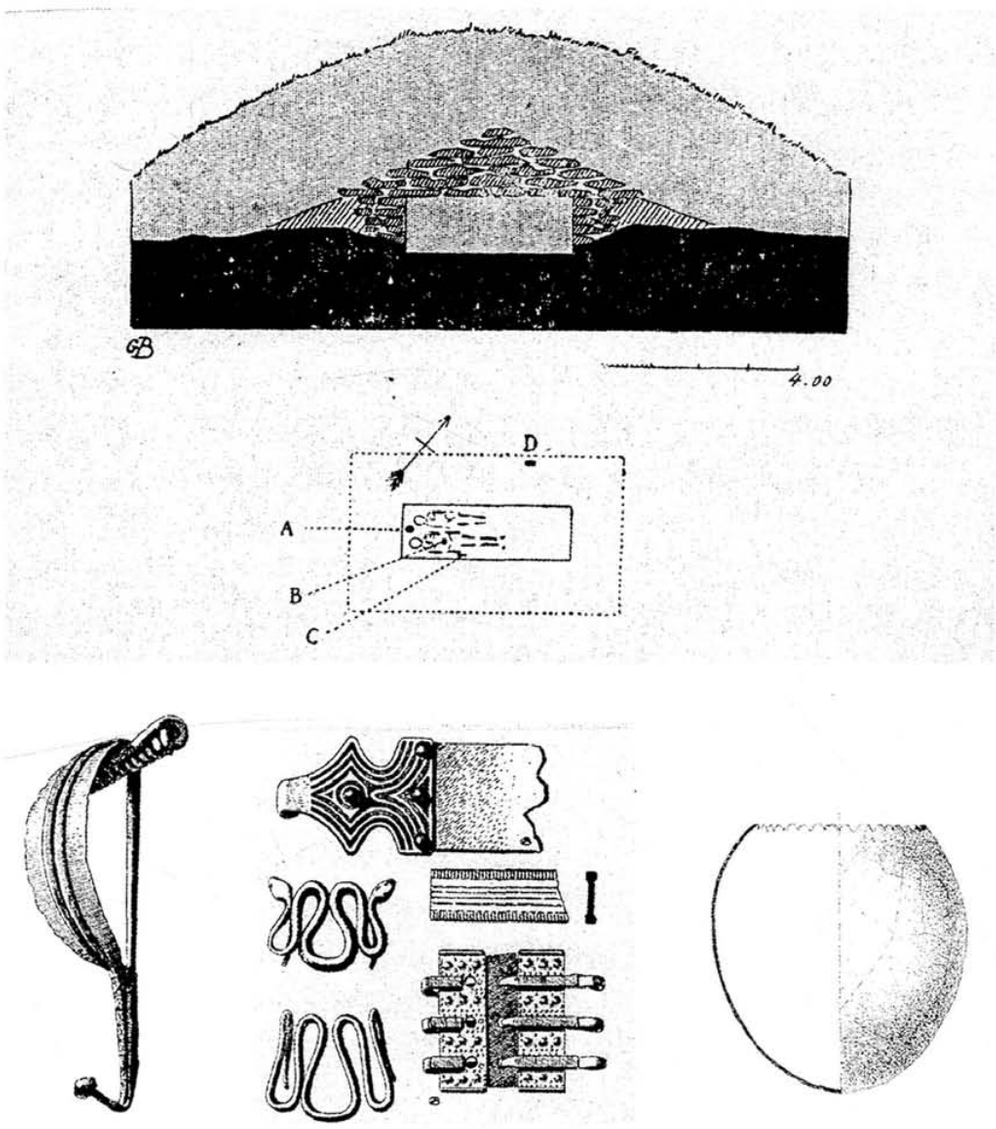


Fig. 6.- Sección del túmulo aristocrático y planta de la fosa de El Acebuchal con algunos de los enseres del ajuar, según Bonsor; el huevo de avestruz según G. Savio (2004).

El Acebuchal es uno de los enclaves más significativo de Los Alcores. La necrópolis se sitúa sobre la cornisa del alcor. Fue excavada por unos vecinos de Carmona sin ningún rigor científico. Pese a todo sabemos que estaba formada por 11 túmulos de los cuales 2 cubrían tumbas de inhumación, 7 de incineración y otros 2 no albergaban, al parecer, ninguna estructura funeraria. Bonsor reexcavó uno de los de inhumación, el túmulo G, además de 4 tumbas de inhumación individuales (Bonsor, 1997: 66-70) y otras dos de incineración individuales en hoyo con ricos ajuares (Maier, 1999a: 210-211). La necrópolis, que cuenta con al menos un túmulo

regio (túmulo G) (fig. 6) y con otras tumbas con uno de los conjuntos más ricos en ajuares de Los Alcores, con marfiles decorados, excelentes ejemplares de broches de cinturón, fíbulas, ampollas para perfumes y huevos de avestruz, corresponde sin duda a un asentamiento ubicado en la Vega, al pie del escarpe del alcor, en el que Bonsor practicó una excavación que puso al descubierto una serie de estancias con muros rectos de mampostería que se abrían a un patio empedrado de clara inspiración oriental al que se encontraban asociadas cerámicas orientales (fig. 7) (Bonsor, 1997: 70-71; Amores, 1982). Las dimensiones del yacimiento no nos permiten pensar en un núcleo de población o poblado ya que contrastan con la calidad de las tumbas y magníficos ajuares de la necrópolis. Además, hay que tener en cuenta la existencia de la llamada "roca de los sacrificios" una estructura de clara función cultual, seguramente un *bothros* relacionado con el culto a los antepasados. Por todo ello, pensamos que este asentamiento puede identificarse con un palacio-santuario. Los ajuares de la necrópolis sugieren una cronología entre la segunda mitad del VII a. C. y el VI a. C.

Fig. 7.- Probable palacio o santuario de El Acebuchal visto desde la necrópolis situada en el alcor.

En la necrópolis de **El Judío** Bonsor excavó al parecer una tumba de la que tan sólo publicó la fosa de la pira funeraria que es de sección escalonada (Bonsor, 1997, fig. 66). F. Amores, señaló la existencia de dos espacios funerarios separados por unos 200 metros, en los que advirtió la existencia de pequeños montículos de 1 metro de altura. No tenemos ningún dato sobre el habitat al que pueda corresponder esta necrópolis. Aunque se ha sugerido que podría

corresponder a El Acebuchal (Amores, 1982: 101) creo que hay que desestimar esta hipótesis, dada la distancia que le separa de este enclave. Es posible que esté relacionado con algún enclave rural aun no detectado.

Idéntica posibilidad puede establecerse para las tumbas registradas en **Santa Marina** y **Brenes**, situadas a escasos kilómetros de Carmona y sobre las que apenas se conocen datos.

Con todo ello llegamos a ***Carmo***, que cuenta con cinco espacios funerarios: Cruz del Negro / Cañada de las Cabras, Alcantarilla, Campo de las Canteras, Vereda de Cantillana o Huerta Nueva, distribuidos en dos grandes sectores al Norte y Sur de la población respectivamente.

En **Huerta Nueva** Bonsor señaló la existencia de seis túmulos de los cuales excavó tres:

1. Inhumación triple en una fosa profunda con un leve escalón. Junto a uno de los inhumados se halló un broche de cinturón de tipo 4 de Chaves y La Bandera.
2. Fosa rectangular escalonada de 1,97 x 1,00 x 1,00.
3. Fosa rectangular escalonada de 2,08 x 0,85 x 0,85.

Mª del C. del Arco reexcavó el túmulo 1 (B). Excavó otro de los ejemplares, el del mayor tamaño del grupo, que resultó un túmulo romano, aunque en el relleno de dicho túmulo halló varias ánforas fenicias, lo que indica claramente la antigüedad de la necrópolis y posiblemente que existieran tumbas que fueron destruidas al construir el túmulo romano.

En los terrenos de la necrópolis romana Bonsor registró la existencia de los restos de una necrópolis protohistórica de la que aún se conservaban al menos cinco túmulos en la zona denominada **Campo de las Canteras**, aunque no ofrece muchos datos sobre ellos. Dos de ellos eran, según Bonsor, de inhumación, aunque parece ser que habían sido violados. El túmulo A cubría una fosa excavada en el alcor de grandes dimensiones de 3 x 1, 10 x 1,15, en la que se hallaron un broche de cinturón y varios botones de bronce. Sobre el túmulo B no tenemos ninguna indicación. Los tres restantes eran de incineración. El túmulo C, el de menor tamaño del grupo -aunque no especifica sus dimensiones- y el único, al parecer, intacto, cubría una fosa de pira funeraria irregular de tendencia cuadrangular sobre la que se ha ubicado una cista de piedra con tapadera que albergaba la incineración. Al exterior de la cista se halló una rueda de carro de terracota, muy similar al ejemplar de Bencarrón. Es muy probable que se trate de una tumba individual, por lo que creo que se debería de considerar una tumba aristocrática,

como las anteriores. El túmulo E cubría un simple emplazamiento de incineración, sobre el que no tenemos más datos.

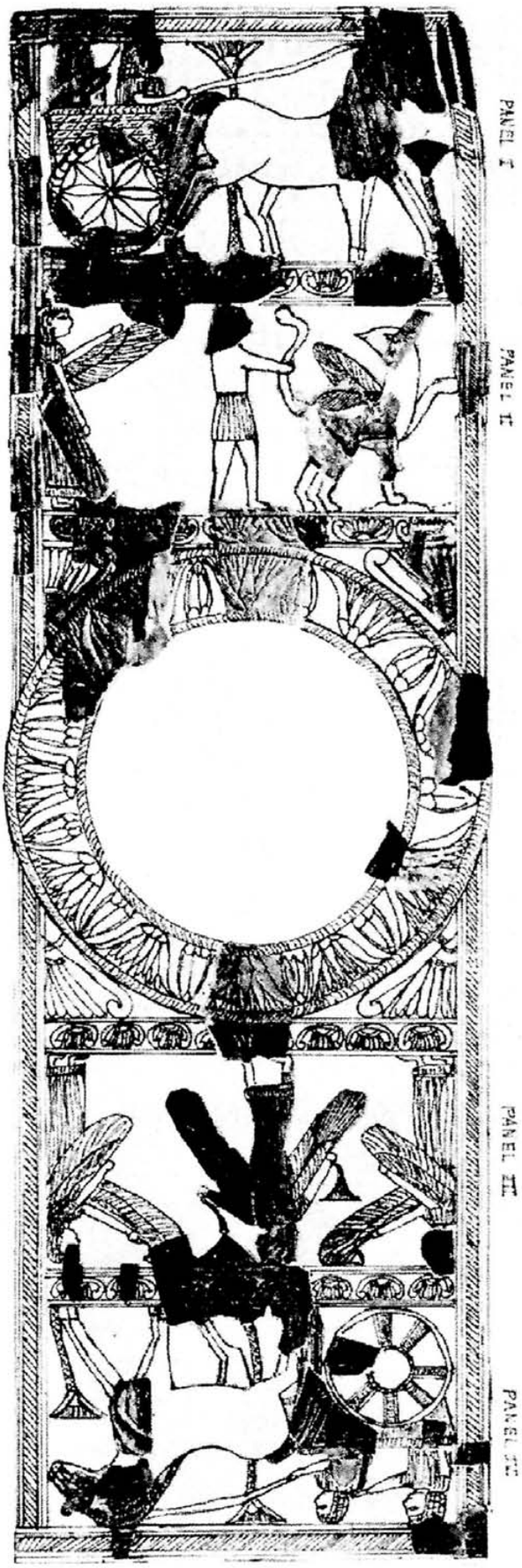


Fig. 8.- Paleta cosmética de marfil con decoración calada del túmulo de Alcantarilla, según V. Hibbs, 1979.

Como en las otras necrópolis de Los Alcores alrededor de los túmulos Bonsor (1931: 119, Lám. LXIX) registró la existencia de tumbas de incineración en ánforas Cruz del Negro, lo que constituye un dato importante a tener muy en cuenta, según venimos insistiendo.

En el sector noroeste de Carmona nos encontramos con dos nuevos espacios funerarios. El primero de ellos corresponde a un túmulo aparentemente aislado de 30 metros de diámetro y 4 metros de altura conocido en la historiografía como **Túmulo de Alcantarilla**. Cubría este túmulo una fosa de pira funeraria en las que los restos de la incineración habían sido cubiertos por fragmentos de ánfora fenicia, práctica detectada también en El Acebuchal, Raso de Chiroli y Cañada de las Cabras. Entre ellos Bonsor recogió varios fragmentos de marfil de una paleta cosmética calada (fig. 8), así como fragmentos de tela de lino plisadas y de esparto trenzado. Junto a la fosa se había practicado un hoyo en el que se depositaron vasos a mano de acabado grosero. La cronología de esta tumba se puede establecer a comienzos del siglo VII a.C. por la tipología del ánfora y los marfiles. Todo ello nos permite sugerir que se trate de un túmulo individual y no de carácter colectivo, aunque es posible que en sus inmediaciones se dispongan algunas tumbas individuales. En cualquier caso, se trata sin duda de un túmulo

"principesco" como indica la iconografía del marfil en el que se representa un hombre en un carro acompañado de un auriga entre flores de loto (fig. 8).

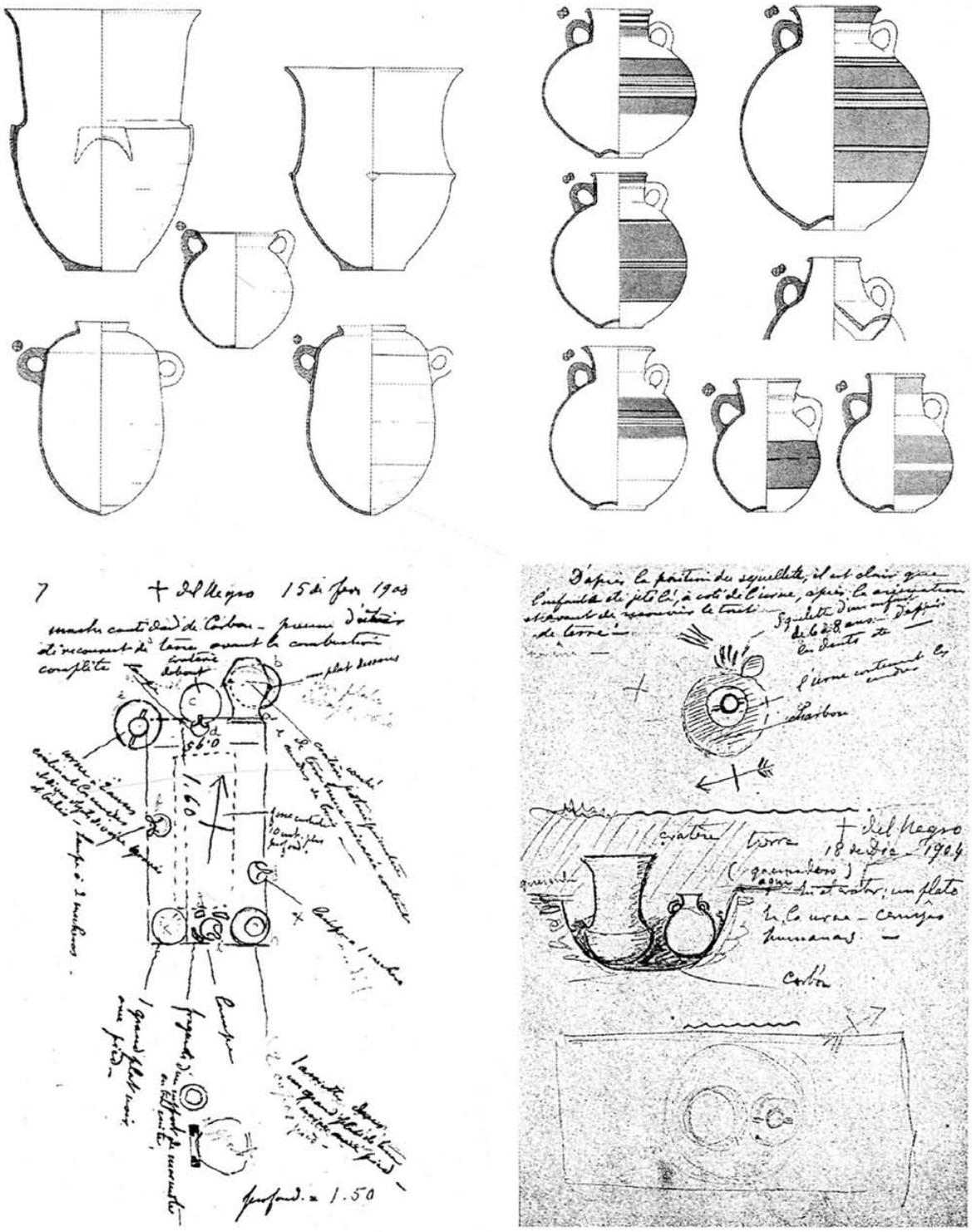


Fig. 9.- Necrópolis de la Cruz del Negro. Vasos utilizados como urnas cinerarias (colección Bonsor, Mairena del Alcor) y notas de campo de Jorge Bonsor de dos tumbas de las necrópolis excavadas en 1900 y 1904. (A.G.A).

El segundo espacio funerario es el más conocido y excavado de Los Alcores, la necrópolis de la **Cruz del Negro** (Bonsor, 1899; Gil de los Reyes *et alii*, 1991; Maier, 1992 y 1999b; Amores y Fernández Cantos, 2000) por lo que obviamos su descripción (fig. 9). Sí queremos recordar de nuevo que la necrópolis ha de ser considerada en extensión junto a la de la **Cañada de las Cabras,** ya que la

escasa distancia que las separa nos obliga a considerarlos como un único espacio funerario.

Como ya se ha descrito en otros lugares se trata de un área de extensión indeterminada en la que se disponen fosas de piras funerarias, hoyos de deposición de urnas, además de inhumaciones de adultos en fosas o sobre el suelo e inhumaciones infantiles, en ocasiones junto a incineraciones, con ajuares de distinta calidad.

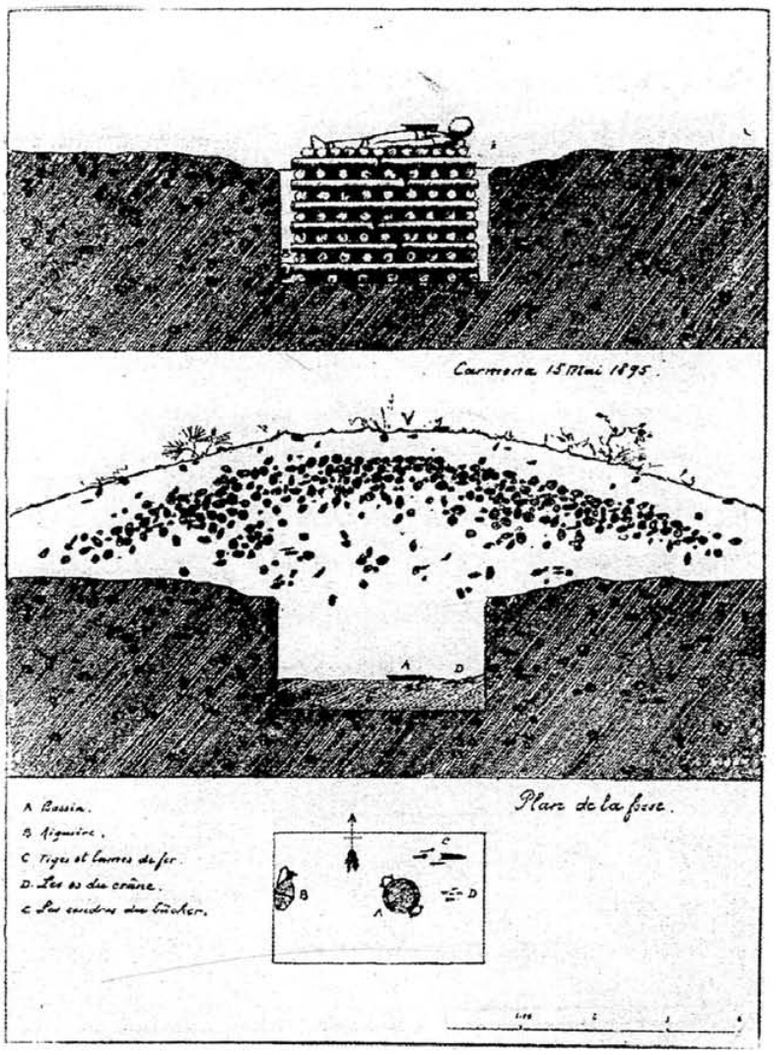
Por último, hay que considerar el valle del río Corbones, al norte de Carmona, hasta su desembocadura en el río Guadalquivir, ya que esta zona tiene una íntima relación con Carmona. En ella existen varias necrópolis asociadas a habitats urbanísticos. La más importante de todas ellas es el **Túmulo de la Cañada de Ruiz Sánchez**, una de las tumbas con más rico ajuar de Los Alcores (fig. 10). En efecto, las potentes dimensiones de la fosa de la pira funeraria y, especialmente, el ajuar compuesto por un oinocoe de bronce, un brasero con asas móviles, varias puntas de lanza de hierro y sus regatones y, especialmente, varias puntas de flecha, no ofrecen duda del alto rango social de esta tumba ubicada en pleno campo, como ya se ha señalado en distintas ocasiones (Aubet, 1984; Martín Ruiz, 1996). Es muy probable que esté asociada al yacimiento de **Entremalo,** donde Bonsor excavó una interesante estructura cultual, que no un túmulo como a veces se le ha designado.

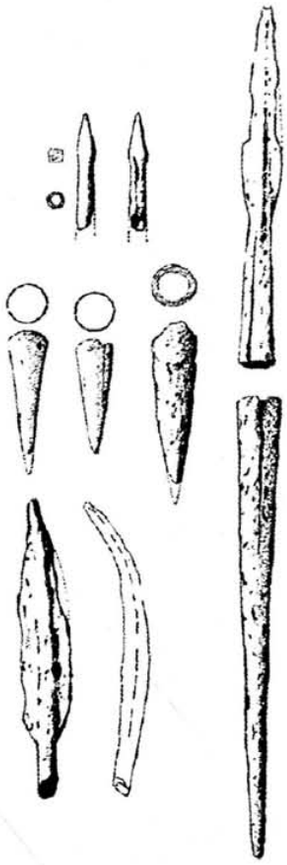
En la proximidades de la desembocadura del Corbones, Bonsor señaló la existencia de varios túmulos en La Harinera, aunque dice que habían sido violados (Bonsor, 1997), en el cortijo de la Trinidad (en lo que también coincide Ponsich) y en el cortijo del Real Tesoro. De este último punto, lugar hasta el cual era navegable el Corbones, Bonsor dice (1902b: 15): *En la orilla opuesta del Corbones, cerca del actual cortijo del Real Tesoro he reconocido dos túmulos, y en lo alto del cerro próximo, he encontrado vestigios de población indígena prerromana.*

Conclusiones

Siempre he considerado que el mundo tartésico participa de un fenómeno de internacionalización o, en términos actuales, de globalización mediterránea y que, por lo tanto, estuvo inmerso en los procesos de cambio sociales, económicos, políticos y culturales que en general se experimentaron en todo el mediterráneo a partir de finales del II milenio desde el Próximo Oriente hasta la Península Ibérica por el expansionismo oriental.

En líneas generales, hemos de advertir que se produce una nueva orientación de los usos y ritos funerarios, con claro origen en el mediterráneo oriental que





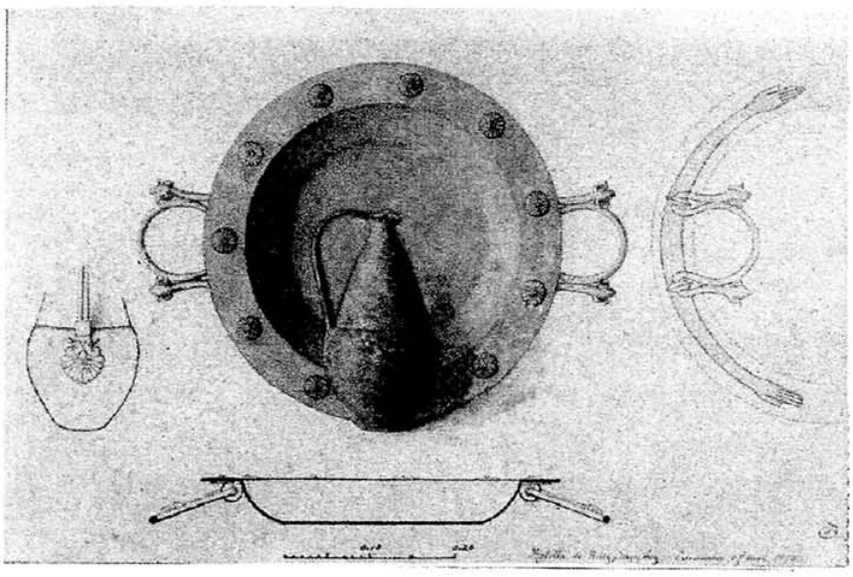


Fig. 10.- Túmulo aristocrático o regio de la Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona), según Bonsor.

irrumpen en el tránsito del Bronce Final a la Edad del Hierro. Este hecho no es más que una parte de un conjunto de novedades de las que el registro arqueológico aún no nos ofrece más que leves indicios en sus etapas más antiguas y que tiene quizá, su mejor expresión, de momento, en una nueva ocupación, estructuración y jerarquización del territorio bien documentada por la arqueología ya desde el siglo IX a. C., cuando se aprecia una ocupación sistemática del territorio en la que junto a núcleos principales o "habitats restringidos" –por utilizar el término que emplean los antropólogos- algunos ya ocupados con anterioridad y otros de nueva fundación, se detecta la aparición de pequeños asentamientos que se instalan en tierras cultivables, que se reorientará, intensificará y consolidará a partir de la presencia estable de los fenicios en la Península Ibérica. Este hecho indica un reparto de tierras y el comienzo de la privatización del espacio agrícola, un proceso muy importante sobre el que se han desarrollado escasos estudios en el Bajo Guadalquivir y que comienza ahora a ser vislumbrado (Ferrer y Bandera, 2005: 565-574).

El análisis estratigrafíco de Carmona y de otros puntos de Los Alcores y zonas colindantes nos ofrecen un peculiar elenco de datos en este sentido (Jiménez, 2004). No obstante, a pesar de ser mal conocido el mundo funerario de este periodo sabemos que es incinerador, ya que ha sido detectado en otros lugares como Cerro Alcalá, Peña de Arias Montano, La Nicoba y Vega de Santa Lucía, y en Mesas de Asta y Doña Blanca, en la provincia de Cádiz y posiblemente en Setefilla (Bendala, 1992; Torres, 1999: 175-176), aunque esta etapa no ha sido detectada de momento en Los Alcores, algún día emergerá.

Se ha querido caracterizar a las poblaciones del Bajo Guadalquivir del Bronce Final como una sociedad jerarquizada, liderada por unos cabecillas o jefes electos –no hereditarios- de carácter guerrero, y estructurada en grupos domésticos organizados en familias extensas y de filiación unilineal seguramente de carácter patrilineal. Estas gentes que practicaban un comercio interregional, especialmente con Extremadura, la Meseta Sur y el Sureste, e incluso a larga distancia ocasionalmente por el tráfico de metales, tuvieron como principales actividades económicas la ganadería, la minería y en menor medida la agricultura. Esta última parece que se fue intensificando según la ocupación que se ha observado del territorio poco antes de la llegada de los fenicios, que refleja, como hemos señalado, la estructuración de la tenencia de la tierra agrícola y de pastos. No obstante, toda esta caracterización, que tiene altos visos de verosimilitud, no es más que mera hipótesis de trabajo ya que es muy mal conocida arqueológicamente y el debate está muy abierto, sobre todo en cuanto a sus orígenes, de los que cabe sospechar su carácter exógeno o cuanto menos la evidencia de importantes agentes aculturadores como se ha puesto reiteradamente de manifiesto por varios investigadores (Bendala, 1985; Almagro-Gorbea, 1996).

Esta sociedad así caracterizada, en la que se han advertido ciertas influencias y usos de carácter oriental, fue la que entabló contacto con los fenicios, por lo que se tiene por muy cierto que este proceso se produjo en un contexto de interacción y contacto cultural entre sociedades desiguales, una tradicional y otra plenamente urbana y estatal (Almagro-Gorbea, 1996; Torres, 2002; Aubet, 2005). Lo que la Arqueología desvela con mayor frecuencia cada día es que la influencia de esta sobre aquella fue muy intensa hasta el punto de que es difícil precisar lo genuinamente fenicio de lo tartésico orientalizante, cuestión que tampoco debe sorprender dados los antecedentes cuturales. Así, algunos autores han planteado desde hace tiempo que algunas necrópolis de Los Alcores, especialmente la de la necrópolis de la Cruz del Negro –habría hoy que añadir la necrópolis del camino de Gandul-, sea en realidad fenicia lo que implica la existencia de fenicios en Carmona, lo cual es perfectamente posible y con lo que estamos completamente de acuerdo como así lo evidencian otros muchos aspectos (Belén *et alii*, 1993 y 2000), pero creo que conviene matizar.

Estoy completamente convencido que nos encontramos ante una sociedad nueva, en la que si se impuso y se adoptaron gran parte de las pautas culturales orientales, lo cual nos resulta indudable, late aun la vieja cultura tartésica. Estamos sin duda ante una sociedad mixta étnicamente hablando (González Wagner, 2005) y plenamente integrada de apariencia oriental y de fondo mixto, por lo que creo que deberíamos continuar denominándola tartésica, ya que considero que Tartessos no es otra cosa que un reino o, mejor dicho, la denominación que se dio a un conjunto de reinos hispano fenicios, pues es bastante improbable la existencia de un reino unitario de amplia extensión. Desde Gadir, el establecimiento de fenicios en el valle del Guadalquivir (sea este de la naturaleza que sea) desde muy pronto es un hecho hoy en día innegable, dando lugar a una nueva realidad sociopolítica y cultural[4]. La vieja cultura del Bronce Final Tartésico dio paso a una nueva y renovada cultura tartésica en la que los fenicios fueron un componente sustancial.

Esto es lo que vemos que reflejan las necrópolis de Los Alcores, que no son absolutamente fenicias y sí son hispano-fenicias o fenicio-tartésicas que es lo mismo.

La presencia de los fenicios, como sociedad urbana y estatal, influyó poderosamente en la organización social y económica de las comunidades del bajo Guadalquivir y aceleró vertiginosamente el proceso de cambio de toda índole en aquellas comunidades debido al proceso de integración que tuvo como

4. Las relaciones de Gadir con las poblaciones del Bajo Guadalquivir son evidentes desde un punto de vista de la geografía antigua, pero también quedan atestiguadas por la similitud de sus ritos funerarios, como es el caso del túmulo de la necrópolis de Las Cumbres.

marco esencial la constitución de la vida urbana, como se produjo, con distintas matizaciones, en otras regiones del Mediterráneo central con presencia fenicia. En esos momentos tuvo lugar el proceso de transformación de la imagen de aquellos jefes guerreros en aristócratas hereditarios y propietarios – que nunca abandonaron su carácter guerrero - e incluso en la aparición de monarcas, y en el surgimiento de una población urbana de hombres libres. En ello jugó un papel destacado el uso del ritual funerario, que adoptará una acusada fisonomía oriental, por el importante papel que tenía para la legitimación de sus linajes y la diferenciación social, especialmente para los aristócratas, al cobrar especial relevancia el culto al antepasado y su presencia "física" permanente a través del monumento fúnebre en el mundo de los vivos. Cesaron entonces los viejos túmulos de linaje colectivos e hicieron su aparición los túmulos aristocráticos individuales y regios y, sobre todo, las necrópolis urbanas. Las necrópolis fueron, como lo habían sido ya en el Bronce Final, parte consustancial del nuevo orden social e ideológico lo mismo que lo fue la ciudad.

El ámbito funerario se ubica ahora fuera de los límites del núcleo urbano, pero claramente asociado a él, en uno o en varios espacios funerarios, aunque también lo encontramos asociado a otros habitats urbanísticos que surgieron con el desarrollo del urbanismo y que con cierta frecuencia últimamente están emergiendo en el antiguo solar tartésico. Como hemos podido comprobar, puede parecer que este mundo funerario sea bastante heterogéneo pero, pese a esta variedad, que puede y debe ser explicable, es en cierta manera homogéneo.

El rito de incineración que se registra en las necrópolis de Los Alcores viene ya conformado y por el material que conocemos de las antiguas excavaciones no es anterior al último tercio del siglo VIII a.C., es decir entorno al 730-700 a. C., sin que hasta el momento se haya localizado necrópolis de las etapas más antiguas, aunque recordamos de nuevo la posibilidad de que ciertos túmulos tuvieran carácter colectivo, los cuales, en cualquier caso, son de origen mediterráneo oriental. El ritual tal y como lo conocemos parece tener su origen en el Submicénico y sobre todo en el Protogeométrico (el origen de la introducción de la incineración en el Mediterráneo oriental no está del todo claro, aunque todo parece apuntar a que comienza a detectarse en épocas tardomicénicas, en torno al 1200 a.C.). Discrepamos, por lo tanto, con aquellos que quieren ver su introducción a partir de los Campos de Urnas del Nordeste (Torres, 2005: 436).

Si se analizan las necrópolis desde un punto de vista demográfico, llegamos a la conclusión de que no toda la población tenía acceso al ritual funerario. No obstante, conocemos muy mal estos espacios funerarios a nivel cuantitativo pero, al menos, en los casos de las necrópolis correspondientes a los núcleos urbanos el número de tumbas registradas no parecen corresponderse con las estimaciones del

número de individuos que se pueden obtener del área de extensión que ocupaban dichos núcleos urbanos. De ello se deduce que las necrópolis estaban reservadas a determinados segmentos sociales. Ignoramos cómo se procedería con aquella gente que no tuviera acceso a un determinado ritual funerario. No obstante, es un hecho que también se ha señalado, por ejemplo, para el caso de la Grecia geométrica y arcaica (Morris, 1987).

La denominación de necrópolis tumulares es inexacta e inapropiada ya que, como hemos visto, en casi todas las necrópolis se ha constatado la convivencia de los túmulos con otras estructuras funerarias individuales junto a ellos, bien sean de incineración o de inhumación. Es necesaria la redefinición de lo que entendemos por túmulo y creo que el primer factor a considerar es el tamaño, ya que es del todo inapropiado considerar a un pequeño montículo de entre 1 m, y 1,50 m. un túmulo.

Los túmulos son estructuras de tamaño considerable, que oscilan entre los 2,50 y los 6 metros de altura -aunque puede que algunos alcancen mayor envergadura- en los que se ha invertido un esfuerzo constructivo importante. Se aprecia claramente que existe una voluntad de otorgarle solidez y perdurabilidad a la estructura, ya que están cuidadosamente construidos con varias capas de piedras y tierra apisonada, como ya señaló Bonsor, y así se ha advertido también en el estudio reciente de algunas estructuras de la propia Carmona (Belén, 1987; Arco, 1991) y el de las Cumbres en El Puerto de Santa María (Ruiz Mata y Pérez, 1989). Otro aspecto importante es el tamaño de la fosa de la pira funeraria ya que suele ser de grandes dimensiones lo que está en relación con el tamaño de la pira funeraria un aspecto que debe ser considerado. Finalmente la calidad del ajuar, aunque este es el elemento más variable.

Los túmulos colectivos cubren un área funeraria, normalmente circular, que tras cierto tiempo de uso es clausurado. Esto quiere decir que durante el tiempo que estuvo en uso esta área permaneció abierta ya que la pira funeraria había de ser utilizada una y otra vez. Los túmulos individuales, por el contrario, fueron construidos una vez concluido el sepelio.

Por esta razón es lógico concluir que en la erección de un túmulo existe un claro deseo de monumentalizar estas tumbas, que además se erigen en lugares bien visibles. Los túmulos son por tanto las tumbas de los individuos de más alto rango de la sociedad tartésica. Ahora bien, es posible que los túmulos colectivos, cuya presencia en Los Alcores por ahora no ha sido detectada, pero que muy posible existieran, como hemos señalado, correspondan a familias o linajes preeminentes aristocráticos. Este tipo de tumba colectiva acabó por desaparecer y el túmulo quedó reservado exclusivamente a aristócratas que utilizaron indistintamente la

incineración o la inhumación en momentos más tardíos. Estos últimos son los que se han denominado tumbas de carácter principesco o aristocrático (Aubet, 1984; Martín Ruiz, 1996).

Por otra parte, hay que señalar que las inhumaciones no deben de ser entendidas como pervivencias de antiguas prácticas funerarias sino como fruto de tradiciones y creencias de esta nueva sociedad, aunque parece que es una costumbre que comienza a practicarse a finales del VII a. C. o comienzos del VI a. C: y no debe extrañar en un contexto con presencia de etnia fenicia.

Se pueden distinguir varios tipos de necrópolis si nos atenemos al tipo de habitat. Unas corresponden sin duda a ciudades, mientras que otras aparecen asociadas a otros tipos de habitats urbanísticos. Según el estado actual de nuestros conocimientos estos habitats podrían corresponder a santuarios como es el caso de Alcaudete, o a palacios como lo es el de El Acebuchal y seguramente, Entremalo. Las ciudades cuentan con varios espacios funerarios diferenciados pero coetáneos, como hemos visto. La Mesa del Gandul, cuenta con cuatro, La Tablada con dos y *Carmo* con otros cuatro. Por el contrario, las necrópolis asociadas a otros tipos de habitats urbanísticos sólo cuentan con un espacio funerario, pero suelen presentar ajuares muy ricos.

A pesar de que la organización interna de estos espacios funerarios es muy mal conocida es posible sugerir algunas matizaciones.

Respecto a las ciudades se pueden distinguir dos espacios funerarios. Por una parte aquellos que se componen por túmulos colectivos, si son ciertas nuestras suposiciones, aristocráticos y otras tumbas individuales en sus proximidades, además de algunos túmulos aislados. Este tipo de necrópolis se podrían denominar aristocráticas ya que es muy probable que estuvieran reservadas a los individuos de alto rango y a los a ellos vinculados. Este sería el caso del grupo de Bencarrón Alto en el que se constatan tumbas aristocráticas (fig. 2) y tumbas individuales no tumulares, así como el Túmulo del Vallado, una tumba aparentemente aislada, correspondientes a la Mesa de Gandul. Así mismo la necrópolis de Santa Lucía correspondiente a la Tablada en la que Bonsor excavó un túmulo aristocrático con un rico ajuar compuesto por un importante conjunto de objetos de marfil decorado. A este mismo tipo corresponden las necrópolis del Campo de las Canteras, Huerta Nueva y el túmulo de Alcantarilla en Carmona (fig. 8).

El segundo tipo de espacio funerario asociado a las ciudades son las llamadas necrópolis urbanas que tan sólo se han documentado, de momento, en La Mesa del Gandul (necrópolis del Camino de Gandul) y Carmona (Cruz del Negro) y que corresponderían a un segmento no aristocrático de la sociedad, seguramente

hombres libres con distinto poder adquisitivo y ocupaciones (fig. 9). Tanto las necrópolis aristocráticas o regias como las urbanas son coetáneas, al menos, entre el siglo VIII a. C. y el VI a. C. o algo más tarde.

Los espacios funerarios asociados a otros habitats urbanísticos se componen por túmulos aristocráticos y tumbas individuales. Este es el caso de El Acebuchal, que cuenta con varias tumbas aristocráticas o regias (fig. 6) además de tumbas individuales de incineración e inhumación y el de la Cañada de Ruiz Sánchez una tumba regia (fig. 10).

En definitiva, estas son las observaciones que en líneas generales y de modo muy sintético podemos señalar sobre las necrópolis de Los Alcores tras contrastar los antiguos y nuevos datos.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO-GORBEA, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y en el mundo ibérico*, Madrid.

ÁLVAREZ, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.

AMORES, F. (1982): *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla.

ARCO, M. DEL C. (1979): "Aproximación a una tipología del enterramiento tumular en la Protohistoria Peninsular: los Alcores (Sevilla)", *XV Congreso Nacional de Arqueología Lugo 1977*, Zaragoza, 591-604.

ARCO, M. DEL C. (1991): "La necrópolis tumular de Huerta Cabello (Carmona, Sevilla)", *Tabona*, 7: 85-124.

AUBET, M. E. (1981): *La necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)*, Barcelona.

AUBET, M. E. (1984): "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante", *Opus*, 3(2): 445-468.

AUBET, M. E. (2005): "El Orientalizante: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales", en Celestino, S. y Jiménez, J. (eds.), *El periodo orientalizante*, Mérida: 117-128.

BELÉN, M., *et alii* (1987): "Excavaciones en el Campo de las Canteras (Carmona, Sevilla). El túmulo A", *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología, Islas Canarias 1985*, Zaragoza, 535-548.

BELÉN, M., *et alii* (2000): "Presencia fenicia en Carmona", IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos.

BENDALA, M. (1992): "La problemática de las necrópolis tartésicas", en J. Blánquez y V. Antona del Val (coords.), *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*, 27-36.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1960): "Orientalia II", *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII: 3-43.

BLÁZQUEZ, J. M. (1968): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca.

BLÁZQUEZ, J. M. (2005): "Evolución del concepto orientalizante en los 50 últimos años en la investigación hispana", en S. Celestino y J. Jiménez, *El periodo orientalizante* I: 129-148, Mérida.

BONSOR, J. (1902a): *Exploration archéologiques des Alcores. Fouilles a Bencarron et a Gandul, 1902*, Manuscrito.

BONSOR, J. (1922): *Tartesse*, New York.

BONSOR, J. (1924): "Los dioses de los Alcores", *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, III: 175-178.

BONSOR, J. (1927): "Le véritable origine de Carmona et le découvertes archéologiques des Alcores», *Revue Archéologique*, XXV: 285-300.

BONSOR, J. (1931): *An archaeological sketch-book of the Roman Necropolis at Carmona*, New York.

BONSOR, J. (1989): *Expedición arqueológica a lo largo del Guadalquivir*, Ecija.

BONSOR, J. (1997): *Las colonias agrícolas prerromanas del valle del Guadalquivir*, Ecija.

BONSOR, J. y THOUVENOT, R. (1928): *Nécropole ibérique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla), fouilles de 1926-27.*

CABRÉ, J. (1944): "Los dos lotes de mayor importancia de la sección de arqueología anterromana del Museo Arqueológico de Sevilla", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 5: 126-135.

CANDAU, F. (1894): *Prehistoria de la provincia de Sevilla*, Sevilla.

CAÑAL, C. (1894): *Sevilla prehistórica*, Sevilla.

CERDEÑO, M. L. (1981): "Los broches de cinturón tartésicos", *Huelva Arqueológica*, 5: 31-56.

COLLANTES DE TERÁN, F. (1942): *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, Madrid.

CHAVES, F. Y LA BANDERA, M. L. (1993): "Los broches de cinturón llamados tartesios", en *Homenaje a José Mª Blázquez*, vol. II, 139-165.

DECHELETTE, J. (1908): "Essai sur la préhistorique de la Péninsule Ibérique», *Revue Archéologique* XII: 219-265; 390-415.

FERNÁNDEZ, F. (1985): "El tesoro turdetano de Mairena del Alcor (Sevilla)", *Trabajos de Prehistoria* 42: 149-194.

FERNÁNDEZ, F. (1989): "La fuente orientalizante de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)", *Archivo Español de Arqueología* 62: 199-218.

FERRER, E. y BANDERA, M. L. DE LA (2005): "El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el período orientalizante", en S. Celestino y J. Jiménez, *El periodo orientalizante* I: 565-574.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (1986): "Notas en torno a la aculturación en Tartessos", *Gerión* 4: 129-160.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (2005): "Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio en la Península Ibérica", en S. Celestino y J. Jiménez, *El periodo orientalizante* I. 149-165.

HIBBS, V. (1979): "A new view of two Carmona ivories", *Archäologischer Anzeiger*, 94: 438-480.

JIMÉNEZ AVILA, J. (2002): *La toreútica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.

JIMÉNEZ BARRIENTOS, J. C. (1991): "Aspectos rituales funerarios de la necrópolis de la Cruz del Negro, Carmona (Sevilla), *Zephyrus*, 43: 215-222.

JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A. (2004): "La secuencia cultural del II milenio a. C. en Los Alcores (Sevilla), *Carel*, 2: 425-590.

LADRÓN DE GUEVARA, I. *et alii* (2000): "La necrópolis orientalizante de El Acebuchal (Carmona, Sevilla): las excavaciones de J. Bonsor entre 1910 y 1911", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, IV, Cádiz, 1815-1818.

MAIER, J. (1992): "La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla): excavaciones de 1900 a 1905", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 19: 45-141.

MAIER, J. (1996): "La necrópolis tartésica de Bencarrón (Mairena del Alcor/ Alcalá de Guadaira, Sevilla) y algunas reflexiones sobre las necrópolis tartésicas de Los Alcores", *Zephyrus*, 49: 147-168.

MAIER, J. (1999a): *Jorge Bonsor (1855-1930) y la arqueología española*, Madrid.

MAIER, J. (1999b): "La necrópolis tartésica de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), ayer y hoy", *Madrider Mitteilungen*, 40: 97-114.

MARTÍN RUIZ, J. A. (1996): *Las sepulturas principescas del periodo orientalizante tartésico*, Málaga.

MORRIS, I. (1987): *Burial and ancient society: the rise of Greek city*, Cambridge.

PELLICER, M. y AMORES, F. (1985): "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 22: 55-190.

PÉREZ DE LAMA, J. *et alii* (2001): "Propuesta de declaración del conjunto de Alcaudete (Los Alcores, Carmona) como Bien de Interés Cultural –Categoría Lugar de Interés Etnológico- y viabilidad de su conservación y puesta en valor" en Mercedes García Pazos y Juan Ramón Cirici Narváez (eds.), *Las tribulaciones en la tutela del patrimonio paisajístico y urbano*, El Puerto de Santa María.

SAN NICOLÁS, M. P. (1975): "Las cáscaras de huevo de avestruz fenicio-púnicos en la Península Ibérica y Baleares", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 2: 75-100.

SÁNCHEZ ANDRÉU, M. (1992): "Raso de Chirolí: una necrópolis tumular en los Alcores (Carmona, Sevilla)", *Spal*, I: 253-262.

SÁNCHEZ ANDRÉU, M. (1994): *Las necrópolis tumulares de los Alcores (Sevilla)*, Cádiz.

SÁNCHEZ ANDRÉU, M. y LADRÓN DE GUEVARA, I. (2000): "Necrópolis del Camino: sepulturas tipo Cruz del Negro en Bencarrón (Sevilla), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, IV: 1895-1902.

SAVIO, G. (2004): *Le uova di struzzo dipinte nella cultura punica*, Madrid.

TORRES, M. (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*, Madrid.

TORRES, M. (2002): *Tartessos*, Madrid.

TORRES, M. (2005): "Las necrópolis orientalizantes del suroeste de la Península Ibérica", en Celestino, S. y Jiménez, J. (eds.), *El periodo Orientalizante*, Mérida, 423-440.

ÍNDICE

PRESENTACIONES
Sebastián Martín Recio. 9
Vicente Muela Buitrago 11
Manuel González Jiménez 13

PRÓLOGO
Manuel Bendala Galán y María Belén Deamos. 15

PROGRAMA Y ORGANIZACIÓN DEL CONGRESO. 18

SECCIÓN I
LAS BASES DE PARTIDA

LA CONCEPCIÓN Y LA FORMACIÓN DE LA CIUDAD: EL CASO DE CARMO
Manuel Bendala Galán 21

CARMONA EN EL PAISAJE ANTIGUO DEL BAJO GUADALQUIVIR
Oswaldo Arteaga Matute y Anna-Maria Roos 43

EL II MILENIO A.N.E. EN ANDALUCÍA OCCIDENTAL Y LAS INVESTIGACIONES EN LA SIERRA DE HUELVA
Víctor Hurtado Pérez. 113

SECCIÓN II
LA PROTOHISTORIA EN EL ENTORNO PRÓXIMO: CARMONA EN EL BAJO GUADALQUIVIR

LA VERTEBRACIÓN DEL TERRITORIO EN EL BRONCE FINAL
José Clemente Martín de la Cruz. 141

FENICIOS EN TARTESSOS: DE LA ACULTURACIÓN INDÍGENA A LA PLURALIDAD CULTURAL
María Belén Deamos 159

FENICIOS Y CARTAGINESES EN EL TARTESSOS POSTCOLONIAL
Eduardo Ferrer Albelda 195

SECCIÓN III
LA REALIDAD INMEDIATA: CARMONA Y SU TERRITORIO

PASADO Y PRESENTE DE LA INVESTIGACIÓN PROTOHISTÓRICA EN CARMONA
Manuel Pellicer Catalán 227

SOBRE LAS HACIENDAS DE HABIS Y DE GERIÓN. REFLEXIONES PARA EL ESTUDIO DE LA ECONOMÍA AGROPECUARIA DE CARMO EN ÉPOCA TARTÉSICA
José Luis Escacena Carrasco 257

EL TERRITORIO DE CARMO: PATRONES DE DISTRIBUCIÓN POBLACIONAL DURANTE LA PROTOHISTORIA
Elisabet Conlin Hayes, Rocío Anglada Curado,
Trinidad Gómez Saucedo y Alejandro Jiménez Hernández. 303

LAS NECRÓPOLIS PROTOHISTÓRICAS DE LOS ALCORES: RELECTURA DE LA TRADICIÓN ARQUEOLÓGICA
Jorge Maier Allende 331

UNA CRÓNICA DE LAS EXCAVACIONES RECIENTES EN LA NECRÓPOLIS DE LA CRUZ DEL NEGRO (CARMONA)
Fernando Amores Carredano 365

LA TRANSICIÓN BRONCE FINAL-EDAD DEL HIERRO EN CARMONA
Alejandro Jiménez Hernández. 391

LA ARQUITECTURA Y LA FORMA URBANA DE CARMONA PROTOHISTÓRICA
Ricardo Lineros Romero 425

LAS DEFENSAS DE LA CARMONA PROTOHISTÓRICA
Rocío Anglada Curado e Isabel Rodríguez Rodríguez 455

FENICIOS EN CARMONA: NOVEDADES ARQUEOLÓGICAS
José Manuel Román Rodríguez y María Belén Deamos 479

EL TOPÓNIMO CARMO Y LA TOPONIMIA DEL ÁREA TURDETANA
José A. Correa Rodríguez 511

SECUENCIAS ESTRATIGRÁFICAS Y CONTEXTOS CULTURALES DE LA SEVILLA PRERROMANA
Francisco José García Fernández y Daniel González Acuña 525